

Roberto Murillo, un universitario de cepa

En estos días, en que hemos visto por la prensa y la televisión interesantes declaraciones y reportajes en torno a la Universidad y al pensamiento del re creador de la misma en nuestro medio, Rodrigo Facio, quien siempre actuó dentro de las coordenadas de la libertad, he tenido muy presente a otro universitario de noble cepa: Roberto Murillo, tan preocupado y ocupado por la tarea de que tanto en la Universidad como en el país priven el pensamiento y la libertad por sobre los afanes de las necesidades socio—económicas y el pensamiento y la praxis que de ellas se deriven. Nunca la libertad ha sido la necesidad.



*Enrique Vargas
Soto*

He querido basarme en el concepto que de la institución tiene el ilustre intelectual y catedrático Roberto Murillo, a fin de vislumbrar una concepción que nos lleve más allá de esa red de necesidades que compete manejar con mayor propiedad a los planificadores o administradores antes que a un verdadero universitario. Porque a nuestra Universidad le acontece lo mismo que al Estado en estos últimos tiempos, que en vez de ser manejado al amparo de una concepción política unitaria que le sirva de eje y fundamento para lograr dominar con libertad y perspectiva el farrago de las necesidades, se ha enredado en las mismas y ha puesto en segundo plano pensar en la creación del instrumento que las ordene y satisfaga racionalmente. Ha faltado un pensamiento creador que le infunda unidad y sentido; vale decir, significado y dirección. Por eso, cuando existe este estilo y este sustento político se habla con propiedad del **estadista** y, para el caso de la Universidad, del **universitario**. Y aquí ubico a este universitario de cepa; porque si bien sabe ser fiel en lo poco y sopesa con inteligencia el influjo de lo inmediato, sabe al tiempo ser

fiel en lo mucho y tener una visión omnicompreensiva de las cosas y una perspectiva para ir trazando la Universidad del mañana.

Y esto es lo que más le hace falta a esta institución de cultura superior: hombres que hablen de la misma —como supo hacerlo en su tiempo Rodrigo Facio— no en función de medir su valor esencial por su influencia en el desarrollo comunal o democrático de un pueblo —que esto podrá venir por añadidura—, sino más bien por la creación y la recreación de alta cultura y por la irradiación de este buen espíritu sobre ese mismo pueblo que no quiere tan sólo subsistir, cuanto disponer de la ayuda eficaz y visionaria para que cada quien se encuentre a sí mismo como persona y para encontrarle sentido a la vida. O sea, que la Universidad esté inserta en esa sociedad que tiene la inteligencia y la buena disposición de consagrar unos recursos, aún en medio de necesidades apremiantes, para la noble tarea de crear y recrear verdad y belleza, en la más amplia extensión de la palabra.

Volver a estos conceptos fundamentales y que haya alguien dentro del claustro universitario que lo recuerde sistemáticamente para vislumbrar siempre la meta, es muy conveniente a la institución, a fin de no desnaturalizarla y de no defraudar al pueblo que la sostiene.

Y a la par de la creación y la recreación de alta cultura en un ambiente de libertad, debe existir también una comunicación abierta y un respeto a la persona y a la libertad personal que sean el clima humano propio de una Universidad.

Estos son, ciertamente, estimulantes conceptos que le he oído a Roberto Murillo muchas veces y que los respalda con una vida de servicio abnegado a la institución y que desarrolla muy bien, junto con otros valiosos conceptos, en su libro "Estancias del Pensamiento", Editorial Costa Rica, 1978, bajo el título "Qué es una Universidad?". Aquí dice: "La Universidad es la más alta institución de libertad colectiva, y desde ella adquiere sentido el ir y venir, apremiante, de la vida cotidiana.

El fin fundamental de la Universidad es, por lo tanto,

la creación y recreación de alta cultura. La investigación y la meditación son formas de esa actividad. El profesor universitario da testimonio de ellas a través de sus publicaciones y de sus cursos, y no cabe decir que este testimonio sea accidental respecto de la creación. La actividad del espíritu es, en uno y otro sentido, lenguaje. Sería muy raro que la creación espiritual no tuviera urgencia comunicativa. Sería muy raro que la comunicación universitaria persistiera en medio de la indiferencia frente a la verdad y a la belleza. Creación y docencia son inseparables, y es por la altura y unión de ellas que una universidad vale. De ellas, y no de accidentales procesos administrativos, debe hablar el anuario de la Universidad: de sus cursos sobresalientes, de sus revistas y de sus tesis, más que de balances de caja chica".

Después de hacer la apología de la "formación universitaria en toda su esencia, es decir, en libertad..." y de hacer énfasis en que se pondere lo **cuantitativo**, cierra su interesante artículo con un concepto sobre democratización de la formación universitaria de su profesor y amigo francés Georges Gusdorf: "El sentido de una verdadera democratización de la enseñanza superior no es proclamar que todos los jóvenes tienen indiferentemente capacidad y vocación de entrar en las Universidades, sino hacer de manera que todos los jóvenes que tienen capacidad real y vocación para los altos estudios puedan ir hasta el fin de sus posibilidades sin que ningún obstáculo material oponga a sus aspiraciones una negativa rotunda".

Y se pregunta el Dr. Murillo: "¿Es Costa Rica un país digno de tener una Universidad en el verdadero sentido de la palabra, de esforzarse por alcanzar tan alto honor? Creemos sinceramente que sí". Pero, ¿cómo lograrlo? Como siempre: con hombres libres y de pensamiento que quieran y puedan encarnar los principios y las ideas que defienden.

Felicitó a don Roberto Murillo por su meritoria labor de remozar con libertad y respeto la misión de la Universidad.